



SEGUNDA SERIE.—1862.

Embarcadero de un camino de hierro.

AÑO XX. 10

LO QUE SE VE SOBRE UN CAMINO DE HIERRO.

EMBARCADEROS.

Un embarcadero de camino de hierro, se compone de un conjunto de construcciones, almacenes, cocheras para locomotoras y wagones, talleres de reparacion, y otros que algunas veces ocupan tanto sitio y espacio, como la poblacion inmediata entera. ¡Cuánto movimiento en el embarcadero! ¡Qué hacinamiento de carruages, de mercancías y de viajeros!

Sin hablar de los ociosos de la ciudad que vienen á ciertas horas á agruparse sobre las barandillas para ver llegar los trenes, como hacian en otro tiempo con la diligencia. Despues se van poco á poco agrupando nuevas casas alrededor del embarcadero, y la antigua poblacion parece adelantarse así vestida de fiesta y de gala al encuentro del ferro-carril, como para tributar un homenaje á la industria moderna.

Hemos tratado de reproducir en obsequio de nuestros lectores, en un dibujo de conjunto, la animada perspectiva que presenta un embarcadero con todos sus accesorios. Las diversas partes que designan los números sobre el grabado, no están en todos los embarcaderos colocadas en el mismo orden, pero hemos tratado de no omitir ninguna de las que es útil conocer para formar una idea exacta.

A derecha y á izquierda del embarcadero de viajeros núm. 3, se encuentran las dos grandes plazoletas de entrada y salida núm. 1 y 2; el edificio de administracion número 4, está situado inmediato al embarcadero de viajeros.

Está precedido de cocheras para los wagones de viajeros, núm. 5, enfrente se ve un pequeño edificio en forma de rotonda, núm. 7, es el sitio de los maquinistas y fogoneros de servicio. Al mismo lado y por detrás están situadas las cuadras, las cocheras y un cobertizo para carros y galeras de transporte. Al mismo lado todavía encontramos un edificio, núm. 8, espuesto en plena luz: allí es donde se hacen los estudios para los talleres de construccion y de reparacion, núm. 9. Ciertas compañías hacen construir en sus mismos talleres, todo su material rolante, locomotoras y wagones de todas clases; otras prefieren comprar sus máquinas y sus coches en París, Londres y Bélgica, y solo hacen en los talleres las composturas y reparaciones.

Un depósito de agua alimenta las máquinas de vapor fijas, empleadas en los talleres; el carbon de piedra necesario para calentar estas máquinas, se encuentra apilado cerca del depósito, número 22; las ruedas para cambiar y reponer en los wagones, están amontonadas en un sitio especial, núm. 14.

Las locomotoras están colocadas en cocheras en forma de herradura, núm. 11, ó bien bajo grandes rotondas, número. 12; cada una de estas dos formas tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

Las mercancías se cargan y se descargan sobre vastos muelles, núm. 16, por medio de poleas movibles, núm. 19; as mercancías que podian echarse á perder con las llu-

vias, son colocadas inmediatamente debajo de cobertizos número 15.

La gran chimenea que se ve en el primer término, es la de una máquina de vapor fija, núm. 17, sirviendo para hacer mover las bombas que llenan un depósito de agua, número 18, destinado á alimentar las locomotoras. Esta distribucion de agua se hace por medio de tubos hidráulicos, núm. 21, colocados sobre fosos dispuestos para la limpieza de la parte inferior de las locomotoras. Al lado de estos mismos fosos se encuentran las empalizadas para el kock para calentar las máquinas, 20.

Al salir del embarcadero, el camino de hierro pasa por debajo de un puente, núm. 24, despues sobre un *viaducto* de fábrica de ladrillo. Por último entra en un tunel, número 26, para pasar por debajo de una montaña.

Hemos presentado en esta curiosa lámina, todos los accidentes que se encuentran en un camino de hierro, y que no dudamos verán con agrado nuestros lectores.

MANUEL GUZMAN.

COSTUMBRES SINGULARES

DE ALGUNOS COMPOSITORES DE MUSICA.

GLUCH para escitar su imaginacion tenia la costumbre de colocarse en medio de una bella pradera. En esta situacion, y delante de un piano y una botella de champagne á la mano, escribió sus dos *Ifigenias*, su *Orfeo* y otras muchas obras que escitaron el entusiasmo mas grande.

SARTI por el contrario, queria una gran sala apenas alumbrada por una lampara colgada del techo. Allí solo durante las altas y mas calladas horas de la noche, lograba inspirarse con las ideas musicales.

MOZART jamás componia con mas feliz éxito que cuando se veia apremiado por la necesidad de trabajar, y se acercaba la hora de la representacion de las obras á que se habia comprometido. Esta apremiante necesidad era el mas poderoso estímulo, el mas fuerte aguijon.

CIMAROSA se complacia en trabajar en medio de la confusion, y del vahido de la sociedad. Gustaba de estar rodeado de sus amigos cuando componia. Muchas veces le sucedió, escribir en el espacio de una sola noche, los temas de ocho ó diez encantadoras arias, que despues concluia en presencia de los que iban á visitarle.

GRETRY para inspirarse poderosamente, necesitaba de la alegre compania de sus amigos ó de la deliciosa vista de los jardines y del campo.

SACEHINI no podia escribir ni una nota sino estaba su muger á su lado, y si su gato, que queria mucho, no andaba jugueteando alrededor suyo y del piano.

PAESIELLO, componia en su cama, y entre sábanas escribió tantas obras maestras de gracia y de facilidad.

ZINGARELLI dictaba la música despues de haber leído siempre un pasage de los Santos Padres de la Iglesia, ó algun trozo de los clásicos latinos.

HAYDN, solitario y sombrío como Newton, después de haberse colocado en el dedo la sortija que de regalo le había enviado el gran Federico II, rey de Prusia, y decía le era necesaria para escitar su imaginación, se ponía al piano, y al cabo de algunos minutos tomaba su vuelo al coro de los ángeles. Completamente entregado á sí mismo durante su mansión en Esterhazy, y libre de los cuidados del mundo, repetía con frecuencia, que componer y escribir música era para él la suprema felicidad de la vida.

EUSTAQUIO DE SAINT-PIERRE

Y SUS CINCO COMPAÑEROS.

Episodio de la historia de Francia, tomado de una crónica del siglo XIV (de Froissart).

I.

A los seis años de reinar Carlos *el Hermoso*, pasó la corona al primer Valois, Felipe VI, como nieto de Felipe *el Atrevido*, dando á la Francia la nueva dinastía siete reyes, de los cuales fué el último Carlos VIII.

Por aquella época el poder real había adquirido nuevo desarrollo y grande importancia, puesto que el monarca tenía participación no escasa en el señorío de Flandes, era soberano feudal del rey de Inglaterra, á causa de las provincias que á éste pertenecían en Francia, y protector además del de Escocia.

En Nápoles y Hungría reinaban individuos de la misma raza, y le hacían la corte, á guisa de humildes cortesanos, los reyezuelos de Bohemia, Navarra y Mallorca.

La ley Sálica, entonces en todo su vigor, excluyó de la sucesión á la corona á Eduardo III de Inglaterra, que tenía mas derechos á ella por línea materna que Felipe de Valois, pues era nieto de Felipe *el Hermoso*.

Desde entonces data la gran enemiga que Eduardo juró á su deudo.

Corría el año 1347.

El impetuoso monarca inglés, había puesto cerco á la ciudad de Calais, á la sazón y siempre muy importante para cualquiera de los dos estados rivales, por ser el gran paso y el mas corto de uno á otro país, además de tener una buena ciudadela y un seguro puerto, sin contar los tres fuertes de Nieulay, Risban y Courgain, que defienden también á dicha ciudad; por lo que años después (en 1596), las potencias coligadas contra la Francia la bombardearon inútilmente.

El mismo Felipe, que había conducido á su ejército á los montes Sangates, hubo de retirarse con su hueste, dejando por tanto abandonada á la valiente guarnición de Calais, confiada hasta allí en el socorro y auxilio del Valois, y bien pronto cruelmente desengañada.

Era una fría mañana de diciembre.

El cielo estaba encapotado, distinguiéndose con dificultad á larga distancia el brillo del sol tras de negros y densos nubarrones que aparecían en el horizonte como fantasmas,

por la variedad sorprendente y caprichosas formas que ofrecían á la vista del afligido observador.

La lluvia no caía, brotaba del cielo, como si se hubiesen roto sus cataratas sin fin, revelando con su estruendo al caer sobre las olas, que era una guerra declarada por la naturaleza de las aguas del cielo contra las aguas del mar.

El huracán era el rey despótico en aquel cuadro lleno de fantástico pavor á los ojos del pobre pescador, que luchaba con las ondas desde la frágil barquilla cruelmente azotada para alcanzar el lejano puerto.

Silbaba el viento constantemente, con la fuerza que las locomotoras de nuestros ferro-carriles al arrancar magistralmente desde su punto de descanso, para emprender su veloz carrera.

Al mismo tiempo los vientos, alborotando todo el mar que descubría la vista desde el punto mas alto de Calais, alzaban las olas con una fuerza prodigiosa, solo calculada por Dios, trocándolas en altísimas montañas que dejaban ver simas oscuras y de una profundidad casi infinita.

¡Entonces, qué tremendo gigante, qué imponente elemento es el mar!

La costa de Calais, atrevida, descarnada y desigual, desafiaba la furia del Océano, que empieza siempre por acariciar sus enormes peñascos con dulzura hipócrita, para luego redoblar poco á poco su fuerza hasta azotar con ira toda aquella muralla natural de la ciudad vecina; y después aun de apaciguada su fuerza, conservan las olas durante mucho tiempo su agitación y mugido aterrador, si bien ya no se ven rizadas y espumosas, sino estendiéndose en anchos pliegues hasta el horizonte.

Pero allí agotan impotentemente las olas su rabia, viniendo á estrellarse contra las rocas y convirtiéndose en una lluvia de blanca espuma; y entonces el acceso desde el mar á la tierra es imposible por el furioso oleaje, que se conserva muchas horas después de la tormenta.

Por la parte opuesta, el espectáculo, si bien no tan grandioso y sublime, (porque después del cielo nada es tan sublime como el mar en revolución) era también imponente y desconsolador.

La misma lluvia, cayendo á torrentes con un ruido atroz, causando profundos surcos en el suelo desigual como si fuesen pequeños lagos; el mismo cielo oscuro y solo iluminado de vez en cuando por la cárdena luz del relámpago, y destacándose en el fondo altiva y grave la ciudad, como un gran fantasma que huyese del mar y de su furia, hacían mas sombrío aquel cuadro.

Y con aquel cielo y con aquella tormenta del mar y aquella tempestad de la tierra, en lo interior de Calais pasaba una cosa mas horrible, mas desconsoladora aun que la revolución de los elementos.

Enfrente había un campamento lleno de soldados aguerridos, capitaneados por invictos guerreros y presididos por un monarca, que sin embargo no admiraba la resistencia de aquella ciudad, y no sospechando sus sufrimientos y penalidades, tampoco tenía lástima de ellos.

Aquel rey se llamaba Eduardo III.

Este monarca había obligado á Felipe á batirse con él, tales fueron los ultrajes que le infringiera; y Felipe llegó á presentar en pie de guerra ochenta mil infantes y ocho mil gi-



netes, con lo cual emprendió la retirada en buen orden su competidor el britano, pues solo tenía treinta mil infantes sin ninguna caballería. Pero cerca de Crecy era punto de honra aceptar la batalla, ó huir con vergüenza, y el calor del francés, que contrastaba admirablemente con la sangre fría de su competidor, dió una completa victoria á éste, que hizo prisioneros á muchos príncipes y personas ilustres y se apoderó de todas las vituallas del enemigo.

La rota de Crecy hizo vestir de luto á toda la Francia, humillando su orgullo, y colocó en las sienas de Eduardo una corona de laurel inmarcesible.

Célebre fué también su triunfo en Poitiers y de tal memoria triste para la Francia, que su mas ilustre prisionero fué el mismo rey Juan, que entregó su espada al Príncipe Negro, hijo de Eduardo, á pesar de no exceder su ejército de diez mil hombres, mientras Juan puso sobre las armas en las llanuras de Poitiers mas de cincuenta mil.

Pero volvamos á nuestra triste historia.

El desenlace tocaba á su término.

Aquel día el sufrimiento llegó á su colmo, que es la desesperación.

Los héroes al fin son hombres, y estos son débiles si los rodean otros seres objeto de su cariño.

Lo que pasaba en la ciudad no es para referirse.

Esa pequeña plaza, que á principios de este siglo contaba solos siete mil habitantes, tenía á la sazón cuatro mil escasamente, incluso los ancianos, los niños y las mujeres.

El hambre, como un monstruo horrendo, revoloteando por encima de todas las cabezas, amenazaba ya la vida de los mas fuertes y robustos defensores de Calais.

Su situación era apuradísima, porque ablandaban las penas, que no los corazones, los débiles ancianos, las pobres mujeres y los inocentes niños.

En tan apurado trance, agotados todos los recursos, ¿qué hacer? ¿Qué resolución tomar?

Celebróse un consejo.

Los consejos son hijos de la necesidad, mas aun que de la prudencia.

Todos los vecinos de Calais, sin distincion de sexos ni edades asistieron á él, á la manera de los célebres *Comicios calados* de los romanos; mejor aun, porque en aquellos la muger que era una cosa, no asistía, ni menos los niños, que para tener representación, cualquiera que fuese su edad hasta la viril, necesitaban ser tres veces *manumitidos*, tres veces puestos en libertad por el padre, para que saliesen de su autoridad, de la patria potestad y se convirtiesen en hombres, *sui juris*, en cabezas verdaderamente, en individuos con personalidad.

El consejo deliberó y resolvió... ponerse en manos del rey sitiador, de Eduardo III, pues que se hallaban ya en el último y mas apurado trance; el de morir con una agonía lenta y horrible.

Y tal resolución la tomaron, por librarse no sólo con la rabiosa desesperación, del hambre, que llega á convertir al hombre en antropófago contra los instintos de la raza hecha á imagen y semejanza de Dios, sino por librarse también de la condenación eterna de sus almas.

Que tanta era entonces la fuerza maravillosa del sentimiento religioso, fuente primera é inagotable de lo

sublime y antítesis del sensualismo, enervador beleño de nuestra época descreída y de nuestras refinadas sociedades.

Que tanto era entonces el inmenso poderío de ese sentimiento religioso que ardía en todos los corazones, incluso los mas esforzados; sin duda en estos mas vivo y ardiente, y hasta con la poesía del entusiasmo que hace los mártires.

Al efecto, en la manera que les fué posible, esto es, valiéndose de señales, de humildes ademanes, de voces planíderas las mugeres y sentidas quejas los hombres y desgarrador llanto los niños, dirigieron los sitiadores sus ruegos á un capitán llamado Juan de Vienne, para que se prestase á tratar con los sitiadores desde las almenas de los muros de la ciudad.

Y el caballero, que era generoso y bueno, como valiente, accedió solo en obsequio de sus compañeros de desgracia, que no por propia flaqueza.

Armado de punta en blanco con yelmo, coraza y quijotes, cubierto hasta los pies con la luciente armadura y al brazo una rodela, en que se veía esmaltado en oro un león dormido, con el mote: *¡Helas de celui qui le eveillera! ¡Ay del que lo despierte!* y tomando su espada, de no escaso mérito artístico y de gran peso, que terció sobre su robusto hombro derecho, el buen capitán emprendió su marcha con lentitud, pero con ánimo resuelto hacia la muralla.

Ya el rumor del conflicto, siempre pregonero de las malas nuevas, había traspasado los heroicos muros de la ciudad sitiada y llegado al campamento enemigo y sonado hasta en los oídos del monarca inglés.

Este envió inmediatamente á dos nobles y bizarros campeones de toda su confianza hasta el pie de las murallas de Calais.

Iban precedidos de un heraldo de armas con trompeta, que tocó tres veces al hacer alto los caballeros, y dijo luego con sonora voz y en buen francés de la época, y después de exclamar tres veces *¡oid, oid, oid!* las palabras siguientes:

—El muy *gentil* y muy noble Eduardo III, rey de Inglaterra y Escocia y Francia (se titulaba así por las provincias que en ese país tenía) mi amo y señor muy poderoso, me hace proclamar á mí, Luis de Jack, su heraldo de armas, que estos caballeros Gautiero de Mauny y el señor de Basset, vienen en su real nombre y de su especial encargo á oír vuestras quejas ó demanda para trasmitirlas en seguida á su Gracia, mi amo.

En pie sobre las almenas el buen Juan de Vienne, bajó entonces la punta de su espada, y apoyándose en el pomo, después de llevarse al morrión la izquierda mano, saludando cortesmente á los recién venidos y alzando su visera al propio tiempo; hablóles en estos términos con voz algo débil, pero con dignidad:

—Caros señores, vosotros sois muy valientes caballeros, experimentados en las armas, y sabéis que el rey de Francia, al cual tenemos por señor, nos envió aquí para que guardásemos esta ciudad y su ciudadela, de tal manera que no recayese sobre nosotros mancha ni deshonor alguno, ni su egregia persona recibiese menoscabo en su propiedad.

Esto, no obstante, nosotros hemos hecho cuanto nos

ha sido posible; pero vosotros de tal suerte nos habeis estrechado, que ya no tenemos recursos con que vivir, por lo cual hemos de morir todos rabiando, presa de los horribles tormentos del hambre, si el *gentil* rey, vuestro señor, no tiene piedad de nosotros.

Queridos señores, si quisiérais tener la piedad de rogarle que la haya también de nosotros y nos conceda el poder marcharnos todos así como estamos; podrá entrar en la ciudad y la ciudadela, apoderarse de ellas y de cuanto en ellas se contiene y creemos que podrá darse por satisfecho.

Entonces, al oír tan sentidas palabras, Gautiero de Mauny contestó las siguientes frases:

—Micer Juan, nosotros conocemos en parte la intención del rey, nuestro señor, porque él nos la ha comunicado. Así pues, no dudeis que no está ni remotamente en su real ánimo el que os vayais como lo pretendéis: antes al contrario, piensa que os pongais todos enteramente á su disposición para dejar en libertad á los que fuere su voluntad ó para darles muerte; porque los de Calais le han despedido y originado tantos gastos y héchole morir tantos de los suyos, que no es maravilla de ello le pese en gran manera.

—Pero reparad, señor, repuso *micér* Juan de Vienne, que es horrible el pensar que tan dura condicion aceptemos.

Nos hallamos aquí un puñado de caballeros y escuderos que hemos servido lealmente é nuestro señor el rey de Francia, como vosotros lo habríais hecho en semejante caso, y ciertamente que esto no lo hemos llevado á cabo sin algun esfuerzo y amarguras bastantes.

Y sin embargo, nosotros sufriríamos cualquiera rigurosa suerte que se nos deparase, con tal que no acaeciese el menor mal á ninguno de los inocentes niños y al último de nuestros compañeros de desgracia que se hallan en la ciudad.

Mas nosotros os suplicamos, que vista nuestra humildad, os digneis llegar hasta el rey de Inglaterra rogándole que se apiade de nosotros, con lo cual nos hareis gran merced, pues esperamos todos de su *gentileza*, (hidalgúa) que al fin habrá piedad de nosotros.

—A fe mía, replicó Gautiero de Mauny, que lo haremos de mil amores el señor de Basset y yo, *micér* de Vienne.

Aquí este caballero llevó su mano al pecho y bajó la cabeza en señal de completo asentimiento á las palabras de su amigo y compañero.

Gautiero de Mauny continuó:

—¡Plegue á Dios, si quiere ayudarme, que el rey oiga mis súplicas, que ciertamente todos lo pasaríais bien!

Dichas estas frases, saludaron los embajadores con la mayor cortesía, siendo al punto contestados en la misma forma de acción que aquellos habían empleado, por el buen Juan de Vienne.

El señor de Mauny y el señor de Basset, se partieron á vivos pasos de aquel punto, dejando á su interlocutor el sitiado, apoyando sus débiles miembros en las almenas, porque esperaba que sería pronta la vuelta de los caballeros ingleses.

Allí en pie y mudo, el rostro pálido y demacrado, con los ojos bajos y sus manos siempre en la misma postura, parecía mas bien que una figura humana, un remate de la

almena, capricho del arquitecto que contribuía á idealizar el lienzo de la muralla ennegrecida por la acción del tiempo ya en aquella época tan lejana.

II.

En el centro del campamento de Eduardo III estaba su magnífica tienda de ricas telas de Persia recamadas de oro y plata por dentro, y por fuera ostentando los colores de Inglaterra; los ocho colores de la antigua *heptarquía*, que eran siete principados distintos, como lo dice ese nombre griego y los de Bernicia y Deira, que estuvieron en la época de los bretones muy frecuentemente unidos, y llevando el principal gefe de ellos el nombre de *bretwalda*.

Dominando todos esos colores, se veía en el remate una banderola encarnada con la cruz blanca, que los cruzados hicieron célebre en Europa y Asia y que no olvidaban nunca en su blason.

En el centro se ostentaba el escudo circular de las armas de Inglaterra, rematado por la corona real, y alrededor de aquel se leía el célebre mote ó divisa: *Honni soit qui mal y pense*; que es el de la orden de caballería de la Jarretiera, fundada en aquella época por el mismo Eduardo III, según la version mas generalizada, para perpetuar la pureza de sus intenciones al recoger en un baile una liga que se le había caído á la bella condesa de Salisbury, á quien amaba apasionadamente; y según otra para honrar á San Jorge, patron como es sabido, de la Gran-Bretaña; no faltando por último autores menos galantes y místicos que atribuyen á esa orden el origen, digno ciertamente de perpetuarse, de la victoria de Crecy, padron de honra para los ingleses, y de rubor para los franceses, pues en ella sucumbieron treinta mil de estos.

Velábase sus cuatro *golpes guerreros* con sus tres leopardos en dos de sus cuarteles diagonales, y en los opuestos el leon y el arpa y por soportes el caballo *arrogante* de los sajones y el perro.

Llegaron los caballeros, como habían salido, esto es, precedidos de un heraldo, quien á cincuenta pasos de la tienda dobló una rodilla é hizo sonar á su trompeta el toque de guerra con que se honraba al rey.

Obtenida la venia, que les concedió en nombre de aquel el conde de Derby, entraron en la magnífica tienda pisando ricas alcatifas de Damasco y Bagdad y finas pieles de leopardos, tigres y leones.

Eduardo, en pie junto á un recamado diván de damasco color de cereza y teniendo á su lado á su hermosa y joven esposa, hizo señal de que se acercasen los caballeros, mientras el heraldo se confundía entre los de su clase que había en la tienda en última fila.

Rodeaban al rey en vistosa y abigarrada muchedumbre además del ya citado conde de Derby, el de Northampton y el de Arundel, los duques de Gloucester, de Hereford, de Norfolk y Nortumberland y otros barones y caballeros que no nombra la crónica.

Los de Mauny y de Basset doblaron su cabeza ante el rey, y acercándose á su persona el primero de ellos, que tan humanamente había hablado á los de Calais, dijo las siguientes palabras:

—Señor, cumpliendo con vuestro honroso encargo, hemos hablado con los sitiados, y desean, según oímos de boca

de su capitán *micer* Juan de Vienne, dejar á vuestra disposición la ciudad y la ciudadela, con tal de librar enteramente sus personas.

—¿Y qué les habeis respondido, señor Gautiero de Mauny, repuso el rey, puesto que estabais perfectamente enterado de mis designios para con ellos?

—Héles dicho, señor, que en el estado en que se encuentran harian mejor en entregarse completamente á vos, para que, como árbitro dispusiérais de sus vidas como mejor os plazca, puesto que no sois vos quien ha de aceptar sino imponer todo género de condiciones.

Y sin embargo, ilustre Eduardo, al decirles yo estas razones, *micer* Juan de Vienne me contestó que si bien se hallaban muy estrechados por el hambre, antes que aceptar tan duro consejo venderian caras sus vidas contra el mundo entero.

—Entonces no haya miedo que hagamos otra cosa de lo que habeis dicho á esas gentes. Repuso un tanto enojado el rey.

—Ahora permitidme, señor, insistió en obsequio de los de Calais Gautiero de Mauny, os diga que no haceis bien y que nos dais un mal ejemplo contrario á vuestros intereses.

Obrando, señor, como decís, al enviarnos á cualquiera de vuestras fortalezas para su defensa, iremos sin ninguna confianza, temiendo luego ser tratados como pensais vos que lo sean los infelices y valientes de Calais.

Estas palabras causaron mucha impresion en el ánimo del irritado monarca, porque fueron recibidas por la reina y todos los circunstantes con murmullos de ostensible aprobacion; é interrogados con un gesto por Eduardo, contestaron todos los caballeros que eran enteramente de la opinion del de Mauny.

Hubo un momento de grave silencio.

La situacion era embarazosa.

Por las megillas de la reina rodaron dos perlas, que abrasaron la mano con que estrechaba la suya el rey en aquel momento.

El semblante de este revelaba la gran lucha de encontrados afectos de que era presa, la venganza contra los sitiados y el rubor de aparecer vengativo, á la par de su propio interés que le recomendaba la misericordia.

Entonces sonó un laud melodioso y el eco de sus cuerdas vibró en el fondo de todos los corazones.

El rey y la reina volvieron la cabeza hácia el sitio de donde habia salido aquel preludio, que era el punto mas escondido de la tienda y detrás de un palo que sostenia la armadura, el casco y las armas de Eduardo.

Este sonrió ligeramente.

Los ojos de la reina se fijaron en los de su esposo con la expresion mas sublime de la ternura melancólica, y brillaron como dos destellos de la luz del planeta mas hermoso, que es Venus.

—¡Ah! ¿eres tú, Bertrand, mi trovador? dijo sencilla y cariñosamente el rey, volviendo la vista hácia su amigo querido y leal compañero en sus mas reñidos combates, pues así manejaba la cítara como el lanzon y la espada de guerra.

Bertrand no respondió, pero inclinó su frente con dignidad, lanzó una mirada penetrante á la reina, como diciéndole voy á suplicar por tí, y entonó una melancólica trova.

«La poesía tambien hacia un gran papel en todas las di-

«sidencias de los reyes, ha dicho el elegante escritor don
«Antonio Benavides, querellas de príncipes y transacciones
«diplomáticas de aquel tiempo. Generalmente los mismos
«que habian tomado una parte activa en los negocios públi-
«cos, los mismos despues defendian sus actos ó combatian
«los de sus adversarios con multitud de composiciones poé-
«ticas, célebres por su audacia, y dignas de admirarse toda-
«vía bajo el aspecto literario. Los trovadores lemosinos, los
«de Tolosa, del Delfinado, de la Provenza, de todo el Medio-
«día de la Francia, escribian canciones y poemas sobre toda
«clase de negocios públicos; hacian oír su voz indignada
«contra los reyes ó contra los papas, lo mismo en los claus-
«tros de los conventos que en los palacios de los aristocrá-
«ticos barones. Los trovadores en aquel tiempo hacian las
«veces de la imprenta periódica, y dirigían á su voluntad la
«opinión, que veneraba hasta con cierta especie de supers-
«tición al hombre que estaba dotado del talento poético. Las
«gentes se dejaban dominar por estos oráculos de la opinion
«pública, y prestando oídos á sus quejas, y muchas veces á
«una algarabía que no entendian, cometieron grandes exce-
«sos y no pocas injusticias. Víctima tambien de la poesía
«meridional de Francia, que con el nombre de provenzal ó
«lemosina, aunque segun opiniones, oriunda de la Cataluña,
«empezaba á estenderse por todo el Mediodía de la Europa,
«el rey Enrique II no pudo combatir su poder ni resistir á
«su influencia. Era de ver como los poetas y trovadores lo
«habian tomado por blanco de sus iras, y á la guerra con la
«Aquitania y Bretaña por objeto de sus trovas, *tersones*, de-
«círes y serventesios. Todos los insultos, todas las diatribas
«estaban guardadas para el rey Enrique, á quien en su pin-
«toresco lenguaje llamaban rey del Aquilon; y todos los
«aplausos, todos los loores para su hijo Ricardo, al cual ape-
«llidaban rey del Sur.»

Despues de estos renglones, que nos ahorran una digresion mas larga, mas enojosa y siempre pálida é inferior á la galanura y facilidad descriptiva del notable escritor citado; no se extrañará la que parecería hoy osadía del trovador y oigamos ya su trova:

Blanca paloma que vuelas
Blandamente por los aires,
Y en tu inocencia confias
Sin conocer los pesares;

De amor y pureza emblema
Fuiste siempre entre las aves,
Y nuncio alegre al marino
Eres cruzando los mares.

Del aurora los reflejos
Lanzas en mil cambiantes
Que la luz del sol eclipsa
Tu matizado plumage,

Y ya que en el verde olivo
La primera te posaste
Llevando en tu pico al arca
De paz divina el mensaje;

¡Dnélete de los sitiados
De Calais, y del fiero ultrage
Que á sus héroes hoy infiere
Un rey que apellidan Grande.

Dile, paloma inocente,
A Eduardo que se apiade

De los que vence el rigor
No de sus armas, del hambre.

Dile sin temor, que nunca

La verdad ha de ocultarse

Ni á los príncipes altivos

Ni á plebeyos miserables,

Que la joya mas valiosa,

Que el mas preciado diamante

De la diadema de un rey,

Sin el cual es despreciable,

Es el perdon generoso

De los delitos mas graves;

Y que no será valiente,

Ni merece que lo ensalcen,

Si en vez de admirar proezas

Las castiga como ultrajes.

—Abusas de mi amistad y de mi paciencia, trovador—dijo con acento un tanto menos irritado Eduardo III.

Bertrand no respondió.

Miró al rey con altivez, soltó la cítara, y haciendo un respetuoso saludo á la reina, que le premi6 su generosa trova con una mirada llena de gratitud, salió con marcial continente de la tienda, calándose su gorrilla de terciopelo con pluma de avestruz con la mayor indiferencia en la presencia misma del rey.

—¡Siempre lo mismo! exclamó éste. Si uno de estos caballeros, si el mismo príncipe de Gales, se atreviese á decirme en romance lo que este buen Bertrand de Kent me ha dicho cantando, ó siquiera hubiese sido osado á ponerse ese gorro de terciopelo en mi presencia, ¡juro por San Jorge! que lo habria pasado mal... Pero sus cantares me dominan con una fuerza superior é irresistible y encadenan mi voluntad, continuó el rey hablando consigo mismo, y se quedó un momento pensativo. Poco despues y como cediendo á un poder misterioso, exclamó dirigiéndose á los embajadores:

—En fin, señores, no quiero en manera alguna hallarme en este caso solo contra vosotros.

Con esto aludía á las frases severas del caballero de Mauny, haciendo como dice el adagio, de la necesidad virtud, y continuó.

—Gautiero, y vos, Basset, volvereis á decir á los de Calais de nuestra parte, de la parte del magnánimo Eduardo Plantagenet, rey de Inglaterra, que toda la gracia que pueden hallar á mis ojos ya es que salgan de la ciudad seis de los mas notables habitantes y sus gefes desnudos y todos ellos descalzos, con un dogal al cuello y trayendo en sus manos las llaves de la ciudad y de la fortaleza; que de estos haré lo que estime conveniente y tendré piedad de los demás.

Aunque no muy consoladores estos razonamientos, fuerza es confesar que el digno reproche del caballero Mauny y la trova de Kent habian ganado algun terreno en el corazon del sañudo príncipe, y por esto aquel no se atrevió á insistir mas.

—Señor, dijo Gautiero, voy al momento á comunicarles vuestra resolucion,—y se partió dichas estas palabras hacía la muralla, acompañado por supuesto como antes de su noble amigo el baron.

Pocos momentos despues los dos caballeros se hallaron frente á las almenas de la ciudad sitiada.

Allí seguia esperándoles en la misma grave actitud *miserable* Juan de Vienne.

Oida la mision de que era portador el señor de Mauny, les manifestó la necesidad en que se veia de ir á comunicársela á los de la ciudad, que se hallaban impacientes como es de suponer por tan gran tribulacion.

Por esto tocó á los ingleses el turno de esperar, mientras bajando Juan de Vienne á la plaza del Mercado, hizo sonar una campana para reunir á todas las gentes de armas y vecinos sin distincion.

En efecto, á los primeros ecos producidos por la campana, que hicieron latir todos los corazones, llenándoles de un pavoroso sobresalto, porque en breves instantes iba á decidirse de su suerte, acudieron indistintamente soldados, ancianos, mugeres y niños.

El esforzado campeon con acento lleno de dolor les dijo:

—He comunicado, hermanos míos, vuestra súplica á dos caballeros enviados de la parte del rey sitiador. Hé ahí ahora su contestacion. «Toda la gracia que pueden hallar á mis ojos los de Calais, es que salgan de la ciudad seis de los mas notables vecinos ó habitantes y sus gefes desnudos y todos ellos descalzos, con un dogal al cuello y trayendo en sus manos las llaves de la ciudad y de la fortaleza, que de estos haré lo que estime mas conveniente y tendré piedad de los demás.»

Ahora continuó Juan de Vienne, deliberad pronto, porque el sitiador no recibe, impone condiciones, y es preciso salir de una vez de tan insostenible como angustiosa situacion.

Si hay entre vosotros quien desprecie la vida, sacrifique la en honor de su patria, de sus hijos, de sus hermanos.

Yo, pobre y sin valor, no tengo la dicha de poder ofrecerme en holocausto á Eduardo III, porque solo soy el viejo soldado y nada represento en Calais mas que lo que vosotros querais concederme de esfuerzo y buen ánimo en esta heroica defensa.

Pero tenedlo entendido; al instante en que sucumba uno solo de vosotros, ó me precipitaré de lo alto de una almena, ó iré á entregarme con mis armas al mismo cruel Plantagenet arrojándolas rotas en su presencia, como ahora lo hago.

Y cogiendo su espada, la llevó con ambas manos hasta su rodilla derecha y la partió en dos, como una débil caña, con admiracion de todos los circunstantes.

Al oir aquellos infelices, extenuados por el hambre la cruda orden, formulada como una gran merced de la magnanimidad del rey, prorumpieron todos en gritos y sollozos de dolor, y los mas débiles inundando sus mejillas amargo y copioso llanto.

Largo rato pasó sin que pudiese restablecerse ni por un momento la calma, á pesar de los esfuerzos que con ese objeto hacia el capitán Vienne.

Poco despues no tuvieron valor de hablar ni contestar una sola palabra al mensaje, y el mismo mensajero, de ánimo esforzado como pocos, estaba profundamente conmovido, y una lágrima escapada de sus ojos, rodó por su mejilla, extenuada por el hambre, el insomnio y la fatiga de muchos dias.

Momentos despues alzóse entre la muchedumbre un hombre, el mas rico habitante de Calais, llamado Eustaquio de Saint-Pierre, y dijo con la voz mas serena posible en aquella situacion:

—Amigos míos, gran crueldad, por cierto, fuera el dejar morir de hambre á todo un pueblo, cuando hay para ello un remedio, cualquiera que este sea y por duro y violento que parezca, y por el contrario gran favor y prez debe alcanzar el que logre salvarlo.

Este exordio causó honda sensacion en el auditorio, que escuchaba ya con religioso silencio.

Saint-Pierre continuó:

—Tengo para mí que he de encontrar gracia y perdon en nuestro Señor, si muero por vosotros; por lo cual quiero yo ser el primero que en camisa, descalzo y con un dogal al cuello vaya á implorar gracia del rey de Inglaterra.

Estas palabras, que revelaban tanta abnegacion heroica y tanto amor hácia su pueblo, produjeron un efecto sorprendente en aquellas pobres gentes que no sabian como demostrar su sentimiento de respeto y gratitud á un hombre tan superior.

Unos le abrazaban, otros le estrechaban sus rodillas, y los mas le besaban sus manos que inundaban de lágrimas.

Y lo que es mas todavía, las honradas y nobles acciones producen el efecto mágico de estimular los nobles sentimientos de los demás.

Por esto las sublimes palabras del buen Saint-Pierre arancaron las siguientes á su amigo y compadre Juan de Aire, acomodado vecino, padre de dos hermosas y virtuosas jóvenes.

—¡No ireis solo, amigo Saint-Pierre!—Y se colocó gravemente junto á éste, á pesar de los ruegos y sollozos de sus desoladas hijas.

—¿Por qué vais, padre mio, á una muerte cierta? esclamaba la mayor de ellas, hermosa doncella de unos veinte años.

—¿Por qué nos abandonais así, padre mio?—exclamaba tambien la segunda, de unos quince años escasamente; ¡muramos aquí todos juntos! ¿No veis, padre amado, que el dolor nos matará aun antes que el hambre misma? Dejad que vayan otros esforzados que no tienen hijos y son bastante grandes para arrostrar la muerte.

Juan de Aire iba á contestar, pero no pudo, que los sollozos ahogaron la voz en su garganta.

Besó en la frente á sus dos hijas y se desprendió de sus amorosos brazos en que lo tenían sujeto, para volver á quedarse en pie, mudo y sombrío junto á su amigo.

Las dos hijas fueron al punto presa de horribles desmayos la una, de fuertes convulsiones la otra.

Un momento despues otro hombre rico del pueblo, llamado Jaime de Vissant, se acercó á los dos héroes y les dijo:

—Yo no tengo hijos, amigos míos; así pues, buen Saint-Pierre, honrado Juan de Aire, os acompaño.

Quiero compartir vuestra triste suerte, sea la que quiera la que se os tenga deparada, al par que vuestra gloria.

Mi sacrificio es bien pequeño junto al tuyo, buen Juan, dijo dirigiéndose á éste, y estrechando á ambos sus manos.

—Y yo iré contigo, hermano mio; á tu lado siempre: gritó un jóven imberbe, colocándose junto á Jaime de Vissant.

—¡Bien, Pedro! Dios te lo premiará, repuso Jaime, y los dos hermanos se abrazaron confundiendo sus lágrimas vertidas el uno por el otro, por la amargura que á ambos causaba su mútuo sacrificio.

—No llores, Jaime, exclamó el jóven. Nuestra madre,

que nos mira desde el cielo, me decia cuando niño que los hombres no deben llorar nunca, porque las lágrimas son patrimonio envidiable de las mugeres.

Y Jaime volvió á abrazar sonriendo á Pedro, alzando sus ojos hácia el cielo en recuerdo de su madre.

Instantáneamente á los cuatro siguieron otros dos que la crónica desgraciadamente no nombra, y lo extrañamos tanto cuanto lo sentimos, porque no les quepa su gloria en la hazaña como á sus otros compañeros.

Y todos ya reunidos, se desnudaron al punto de sus ropas, excepto las camisas, pusieron la cuerda al cuello y tomaron las llaves de la ciudad y ciudadela, teniendo cada uno un manojo de ellas, cumpliendo así estrictamente la cruel orden del irritado monarca.

Al verles así el afligido Juan de Vienne montó en una pequeña hacanea, porque apenas podia tenerse en pie, tal era su estado de debilidad, y precediendo á las seis victimas expiatorias, se puso en marcha hácia la muralla.

Entonces y durante todo el camino ocurrió la escena mas triste y desgarradora que es posible imaginar.

Todo eran gritos de dolor, lágrimas y sollozos que ahogaban las voces de los deudos, amigos, y en fin, de todo el pueblo que apreciaba en lo que valia tanto sacrificio y que temia con harto fundamento no volver á ver á aquellos seis hombres en quienes tanto pudo el amor de los demás.

Llegados todos ellos á la puerta de la ciudad, *micer* Vienne la mandó abrir de par en par, haciendo que se cerrase tras ellos, con lo cual quedaron los siete entre la puerta y la empalizada, y encarándose con el señor Gautiero de Mauny, que lo esperaba allí, le dijo:

—Noble señor de Mauny, os entrego como capitán que soy de Calais, y por consentimiento de su pueblo, á estos seis honrados vecinos; y os juro por mi honor que son y han sido hasta el día de los mas respetables y distinguidos del pueblo por su clase y fortuna, los cuales llevan todas las llaves de la ciudad y ciudadela. ¡Tened, señor, piedad de ellos é interceded para con el rey de Inglaterra á fin de que no quite la vida á esta pobre gente!

—¡Descuidad, Juan de Vienne! contestó el caballero de Mauny; ignoro ciertamente lo que piensa hacer el rey mi señor, de estos buenos y nobles patricios; pero tened entendido, y de ello os empeño solemnemente mi palabra, que haré en caridad y obsequio de los mismos y en justa deferencia á vuestra súplica, cuanto esté en mi mano por mover á Eduardo á piedad, aun á riesgo de mi propia vida.

—¡Dios os lo premiará! replicó Juan de Vienne, y se volvió á la ciudad tan dolorido como había llegado, despues de haber abrazado uno á uno á sus amigos y estrechado la mano al noble inglés, que estaba tambien muy conmovido con tan doloroso suceso.

Abrióse entonces la barrera exterior ó empalizada, y los seis ciudadanos ó vecinos de Calais, como entonces se decia únicamente, siguieron al caballero britano, que los guió á la tienda del rey.

Todos iban animosos y en profundo silencio, que en tales situaciones no es bastante el lenguaje á expresar lo que el alma siente y los rostros bien á las claras eran espejos de sus almas.

El mas desgraciado era Juan de Aire, el padre de aquellas dos infelices jóvenes, á las que dejaba en la horfandad y en la desesperacion.